

MUCHA FE

Nunca esperé que viniera tanta gente a celebrar mis cincuenta años de edad, mis primeros cincuenta, decía yo en broma. Medio siglo es mucho tiempo aunque la verdad que yo me siento de, digamos, unos cuarenta cuando mucho. Todo me funciona, nada me duele, aguanto cualquier cosa, disfruto de la vida, tengo dinero y por qué no decirlo, poder. ¿Qué más puedo pedir? Lo que no pedí y no sé a quién se le pudo ocurrir, fueron los discursos en la fiesta. Ya saben, es como cuando alguien se muere. Todos hablan maravillas de uno, que si es muy buen amigo, que si es dadivoso, que si su obra, que su entrega, que si esto y que si lo otro. Los demás aplauden y uno tiene que ir a dar un abrazo al que nos alabó tanto. Iba el quinto orador, esperé con ansias que además de ser el bueno fuera el último. Lo primero por el dicho de que no hay quinto malo, lo segundo para hablar de otras cosas más interesantes. Inició su discurso felicitándome por vivir tantos años y en forma tan plena, siguió recordando hazañas nuestras juveniles, las clásicas, terminó proclamándome un hombre de mucha **fe**. Aquí sí que paré oreja. Jamás nadie me dijo que yo fuera un hombre de **fe** y mucho menos que tuviera mucha **fe**. Si algo he presumido en mi vida es en ser una persona sin **fe**, en no aceptar dogmas religiosos de ningún tipo. Ateo me llaman mis amigas. Agnóstico mis amigos. Lo que dice Mariano, pensé yo, no debe tener implicaciones religiosas, él me conoce muy bien, de seguro trata de decir que yo tengo **fe** en el futuro de México, en el futuro de mi partido político, en el futuro de las finanzas en las que estoy metido. En todo eso sí tengo **fe**, reconocí. Y mucha, como él dice bien. Más tranquilo seguí escuchando. Debo aclarar que Mariano es bromista, cosa que me ha molestado mucho de él pues a mí las bromas como que no me gustan, como que no me van.

Afortunadamente empezó el discurso, como debe ser, con propiedad, con seriedad. El remate, pues ya debe rematar, según mi punto de vista, va a ser éste, el de mi mucha **fe**. Y yo que estaba por no invitarlo a la reunión por su forma de ser, y ahora resulta que de todos es el que mejor habla de mí, el que mejor sabe expresarse. Lo tomaré en cuenta para futuros negocios. Luís Alberto, continuó Mariano, es el hombre con mayor **fe** que conozco en el mundo. Me apenó, dentro de lo que yo me puedo apenar, al sentir las miradas de todos los invitados puestas sobre mí. Puse cara de modestia. Mariano continuó: “Y no hablo sólo por hablar, tengo pruebas de todo esto. Luís Alberto es el más **feo** de todos nosotros, ¿o no es cierto? El también es el que comete mayor número de **fechorías**. Con **fe** le entra a las copas. Para él lo más fácil es cometer **felonías** y quedarse con la **feria** de los demás. No se ha casado pues cambia a las mujeres por **fetiches** con los que hace grandes **festines** o **festejos**, como ustedes quieran llamarlos. Es un **ferviente** panista y un **feroz** antiperredista. Ya con el ánimo **febril** y **feliz** por la **feria** de insultos a los contrarios quiere prodigarles una **felpa** de órdago: para algo soy **férreo**, dice él. No, no cabe duda, nuestro amigo Luís Alberto es todo un **fenómeno** que vive **feliz** en su ceguera. Yo lo **felicito**. Claro que lo **felicito**. Lo **felicito** por ser un **feto** de la sociedad. He dicho”

Y el muy desgraciado, por no decirle cabrón, hijo de su puta madre, no me dio tiempo a contestarle pues se retiró de mi fiesta al terminar de hablar. Lo peor es que todos le aplaudieron. ¡Ya no tengo **fe** en nadie!

Tomás Urtusástegui

Mayo 2006